

José Luis PÉREZ PASTOR

(Universidad de La Rioja)

LA E-DICIÓN

Buena parte de la culpa de lo que podemos denominar desde nuestra perspectiva actual «civilización» recae en el papel, como soporte mayoritario que es —que no único, por supuesto— de la más diversa información. En papel se escriben las columnas de los periódicos, las declaraciones de la renta, los continuos formularios que sustentan la burocracia, los manuales que permiten transmitir conocimientos más allá de los límites de la directa comunicación personal. En papel también se ha venido imprimiendo esa maravillosa forma artística que llamamos Literatura.

El desarrollo de las «autopistas de la información» —cuyo nombre ya revela la celeridad de todo proceso inmerso en ellas— ha propiciado desde su rápida expansión (generalizada a nivel doméstico desde el año 2000) multitud de cambios en los distintos niveles de los esquemas comunicativos existentes. Dichos cambios no suponen necesariamente la desaparición de los canales y formatos anteriores (la radio, la televisión, la prensa, los libros...), sino un «volcado» de contenidos a los nuevos cauces proporcionados por la tecnología, principalmente los de internet. Esa actualización digital constituye un complemento al abanico de esquemas comunicativos existentes. Así, la publicidad tradicional tiene su presencia en internet, de la misma manera que los periódicos y las empresas de televisión ofertan también sus contenidos en la red de redes.

Dentro de ese panorama, la Literatura, al igual que ha venido acomodándose a los distintos soportes, tanto materiales como técnicos, que han ido surgiendo a lo largo de los tiempos (de la piedra a la tablilla, de ésta al papiro enrollado, de éste al papel en libro, de allí a la prensa periódica, etc.), está realizando en estos años un importante acercamiento (por numeroso y diverso en sus manifestaciones) a las posibilidades de las nuevas tecnologías.

La búsqueda de un lugar en internet para una manifestación artística y comunicativa tan antigua como es la literatura, en efecto, tiene su primer y más inmediato reflejo en la multitud de páginas literarias existentes en la red. Éstas — *mutatis mutandis*— son la transposición electrónica de las tradicionales revistas

literarias y sus respectivas secciones. Algunas de estas páginas web se actualizan incluso con una periodicidad análoga a las revistas impresas (quincenal, mensual, etc.).

Todo este movimiento de expansión y aclimatación —como es lógico siempre con las novedades de cualquier tipo— es origen de algunos recelos. Así, Harold Bloom (2002: 11 y 13) afirma:

«El horror que en mí provoca internet se funda, por cómico que parezca, en algo que es una carga perpetua en mi vida: cada nuevo día trae su pila de obras maestras que yo no he pedido: [...] Millones de nuevos escritores en todas las lenguas publicarán en la red: ¿quién distinguirá entre ellos? ¿quién los diferenciará? ¿cómo podemos hablar del futuro de las formas literarias cuando flotarán en el enorme y amorfo océano de internet? Nadie tendrá la fuerza necesaria para firmar que una mente, un talento individual sobresale de ese océano de muerte, el mar universal de un caos que regresa. [...] En internet todo el conocimiento está a nuestro alcance; sólo falta la sabiduría».

Como usuario, lo cierto es que prefiero que no exista una sabiduría que ordene las cosas por mí, dados los peligros que entrañaría cualquier organización de unos contenidos como los presentes en internet, donde la gratuidad y la libre expresión son, a pesar del *mare magnum* resultante, un valor que no debe perderse.

Por otra parte, según podemos leer todos en el balance que hace José Carlos Rovira —a propósito de su labor en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes¹ en el segundo aniversario de misma— las palabras de aliento que una estudiante nicaragüense dirigió a Humberto López Morales, Secretario de las Academias de la Lengua Hispanoamericanas, deberían bastar para justificar no sólo proyectos como ése, sino el gran proyecto que supone en sí la edición digital de textos. López Morales describe así el encuentro con la citada estudiante:

«Nos intercambiamos sonrisas y alguna que otra palabra de cortesía. Era una chica joven de rasgos indígenas, que llevaba unas gafas minúsculas. A los pocos minutos me confesó su agradecimiento [...]: ella, una estudiante pobre de una pobre ciudad de provincia, situada en el corazón de la América Central, tenía acceso a muchísimos libros, "que ni siquiera podían conseguirse en Managua"»²

Las palabras de Bloom son, en cierto modo, las de un canonista que, pensando siempre en términos de aplicación de un canon, se resiste a admitir algo que por propia constitución —multiforme, en expansión constante— difícilmente sería aprehensible desde el acercamiento normal de un crítico literario de oficio, al cual se le mandan una

¹Cfr. Biblioteca Virtual Cervantes, <http://www.cervantesvirtual.com>.

²Cfr. <http://www.cervantesvirtual.com/aniversario2/balance.shtml>.

serie de obras por correo para que las bareme. La ventaja de tratar sobre Shakespeare — suponemos— es que el corpus, más o menos cerrado, cuenta con un campo de actuación relativamente estable y merecedor de una general y apriorística aquiescencia.

El material contenido —y constantemente volcado— en internet ciertamente supera los límites de lectura de cualquiera, pero no por ello puede obviarse la realidad. En la red hay buena y mala calidad de textos, y todo ello en una cantidad apabullante, es cierto, pero ello no debe conducir a un desentendimiento por parte de los estudiosos de la Literatura. Las formas de difusión y selección textual también han cambiado durante la historia, adoptando a veces formas caprichosas, como todos sabemos, y cualquier intento de controlarlas está abocado al fracaso. Ahora más que nunca. El público lector —con menos ansias de eternidad quizá que la crítica y los autores— es capaz de degustar literariamente lo que puede en el tiempo del que dispone y disfrutar, sencillamente, con lo que le agrada y dejar de lado aquello que no le satisface según preferencias individuales y diversos grados y criterios de formación del gusto. Esto es, como siempre ha sido.

Al margen de este tipo de consideraciones —y como hemos empezado a apuntar al comienzo—, la Literatura tiene un lugar bien merecido en el formato electrónico y, subsecuentemente, en internet, la red de redes, como catalizador y potenciador que es de este tipo de soporte de la información.

Convendría dejar de lado, antes de hablar del el concepto, características, técnicas y problemática de la edición digital, el ya desgastado debate sobre si los textos electrónicos se presentan —o quieren presentarse— como los violentos sustitutos de los actuales libros impresos³. Esa posibilidad no debe alarmar a nadie, ni creo que lo haga ya a estas alturas, al menos expresada en términos absolutos. Es cierto que es posible que la edición electrónica suplante buena parte de ciertas clases de libros que, por su carácter inmediato, perecedero, o por su modo de empleo mayoritario, encontrarían mejor acomodo en el bit que en el papel, lo que de hecho ya están haciendo. Cuando digo esto, estoy pensando en la cantidad de enciclopedias de actualización anual que han encontrado en internet o en el CD-ROM (me niego a escribirlo «cederrón») un lugar perfecto donde tales actualizaciones no sean tan lesivas para el usuario, tanto a nivel económico como en términos de espacio en una estantería. Esta facilidad de actualización, unida a la capacidad de búsqueda de términos de forma aleatoria, elimina el incómodo sistema de publicación de apéndices (y cualquiera que haya tenido que

³El debate puede seguirse, en sus diversos puntos de vista, en NUNBERG, Geoffrey (ed.), *El futuro del libro. ¿Esto matará eso?*, Barcelona, Paidós, 1998. Este libro recoge el contenido de un congreso de Semiótica y Estudios Cognitivos celebrado en San Marino en 1994. Allí, con la reflexión de Quasimodo de fondo acerca de si el libro mataría la cultura iconográfica en piedra de la Edad Media — quintaesenciada en la mole arquitectónica de Nuestra Señora de París—, se despliega el cruce de opiniones suscitadas a partir de la ya entonces emergente presencia de texto electrónico y el hipertexto.

manejar la clásica *Enciclopedia Espasa* sabrá de lo que estoy hablando) que quedan fuera de la obra principal, obligando al usuario a multiplicar las búsquedas, revisar artículos obsoletos, etc. Muchos diccionarios, los manuales técnicos (piénsese en los de informática, cuya materia cambia constantemente), los carísimos libros de actas congresuales (muchas veces sólo aprovechables en un par de secciones para un usuario concreto), las revistas científicas⁴, los catálogos de todo lo humano y lo divino, e incluso los listines telefónicos —por citar algunos ejemplos más— pueden ver su presencia impresa aligerada gracias al soporte electrónico.

Umberto Eco ya se pronunció así en 1996, considerando que el libro tradicional seguía siendo un objeto autónomo, independiente de una máquina necesaria para leerlo, pero que no por ello todos los tipos de libro son necesarios en un soporte de papel:

«Los libros siguen siendo los mejores compañeros para un naufragio, o para el Día Después. [...] Estoy seguro de que con las nuevas tecnologías volverán obsoletos muchos tipos de libros, como las enciclopedias y los manuales. [...] Los libros seguirán siendo imprescindibles no sólo para la literatura sino para cualquier circunstancia en la que uno deba leer con atención, no sólo recibir información sino también especular sobre ella»⁵.

Todo ello, por supuesto, con la ventaja que da el papel de resultar bastante

⁴A propósito de estos dos últimos tipos de publicación, cfr. RAMOS SIMÓN, «Las publicaciones electrónicas transformarán el sector de la edición científica y las funciones del bibliotecario en la Universidad», *Cuadernos de Investigación multimedia* 6-7 (1997-1998), <http://www.ucm.es/info/multidoc/multidoc/revista/cuad6-7/ramos.htm>. Allí se defiende plausiblemente la necesidad de editar electrónicamente los contenidos resultantes de la investigación científica, ya que de esa manera su aparición pública sería inmediata (sin riesgo de que lo presentado en ellos adquiriera desfase con respecto al estado real de las investigaciones) y, asimismo, se evitaría tener que invertir dinero en dar a la luz un material impreso por cuya adquisición la comunidad científica tendría que desembolsar nuevamente fondos.

⁵Cfr. El epílogo de Umberto Eco al libro citado en la nota anterior, p. 308. Philippe Bootz, presidente de la asociación MOTS-VOIR, dedicada al estudio, creación y difusión de la literatura electrónica, expresa así la misma idea: «La informática invade la literatura, no para aniquilarla, sino para transformarla». Cfr. BOOTZ, «Alire, un cuestionamiento irreductible de la literatura», *Digithum* 4 (2002), http://www.uoc.es/humfil/articles/esp/bootz0302/bootz0302_imp.html.

Cfr. También Lévy, «Ciberespai i cibercultura», *Digithum* 1 (1999), http://www.uoc.edu/humfil/digithum/digithum1/levy/ciberespai_cat.htm. Allí, Pierre Lévy inserta este proceso de «ciberculturización» dentro del proceso general de cambio de las formas de comunicación a lo largo de las distintas épocas de la Historia, donde las rupturas absolutas son algo todavía por ver:

«No crec en absolut que es tracti d'una pèrdua o una dissolució de les tradicions. En el fons, què és una tradició? Es la intel·ligència col·lectiva que es desplega en el temps. [...] quan dic que és una transmissió col·lectiva és que només es manté viva perquè a cada etapa de transmissió, a cada operació, hi ha una reinterpretació, una recreació, l'herència ressuscita cada vegada que es transmet. I és per això que una tradició o una cultura es mantenen vives. És per això que es tracta d'intel·ligència col·lectiva, perquè cada operador d'aquesta xarxa d'intel·ligència col·lectiva hi aporta alguna cosa, i sense això, evidentment, la tradició moriria, i no seria intel·ligència col·lectiva, és clar. Doncs bé, el que passa amb la Cibercultura és que no només aquests llinatges de transmissió vius, aquestes intel·ligències col·lectives continuen, poden continuar desplegant-se diacrònicament en el temps, en la història, sinó que, cada vegada més, es poden desplegar en l'espai, de manera horitzontal, i de qualsevol manera segons unes línies de recorregut nòmades que són transversals a diverses tradicions. Amb altres paraules, és una manera nova de fer funcionar la intel·ligència col·lectiva de la humanitat».

menos dañino para salud ocular del receptor, termina diciendo.

Eco, por otra parte, ve con distintos ojos el hecho que tanto abismaba a Bloom de que todo el mundo pudiese publicar en la red. Observa que por lo general lo que muchas personas persiguen con publicar no es sino comunicar y apunta que, gracias a este nuevo estado electrónico de las cosas, ése tipo de objetivos se pueden lograr sin abrumar tanto los estantes de las librerías:

«Muchas personas no quieren publicar; sólo quieren comunicarse. El hecho de que en el futuro lo hagan por correo electrónico o por Internet será una gran bendición para los libros y para la cultura y el mercado del libro. Consideremos una librería. Hay demasiados libros. Yo recibo demasiados libros todas las semanas. Si los ordenadores consiguen reducir la cantidad de libros publicados, supondría un avance cultural enorme»⁶.

Sin caer tampoco en consideraciones de esta suerte, que parecen relegar a la publicación electrónica un «sobrante» de literatura de inferior calidad o con menores propósitos y resultados artísticos, la edición electrónica presenta muchos puntos de interés para la literatura de primer orden y para los libros en general⁷:

En primer lugar, los costes de producción. Hoy en día casi todo el proceso de confeccionar un libro está informatizado y sólo se llega a la imprenta en el momento crítico de generar el producto en papel, con lo que eliminando éste último paso no se modifica sustancialmente dicho proceso y se ahorra, sin embargo, un porcentaje muy significativo del presupuesto total, tanto en una primera instancia —la impresión misma: el papel, la tinta, la mano de obra—, como en el subsecuente trabajo de distribución. Mediante internet, el documento puede viajar sin necesidad de portes físicos, retrasos, deterioros, etc. La accesibilidad, por tanto, es rápida y relativamente ubicua, siempre que el producto esté bien catalogado en las bases de datos o en los motores de búsqueda y se disponga de un terminal desde el que poder descargarlo (si no, el soporte en CD-ROM y el correo tradicional pueden suplir esto último).

Si no se quiere prescindir del soporte papel y de una buena encuadernación, este sistema permite también realizar tiradas de una forma más racionalizada, al poderse efectuar dichas impresiones bajo las directrices de pedidos cerrados. En el futuro más deseable uno no tendría que realizar su pedido en un establecimiento equipado con maquinaria de impresión y encuadernación y éste —tras buscarlo y descargarlo de la red en el caso de que el propio cliente no lo proporcionase— fabricaría los ejemplares que

⁶Cfr. *Ibíd.* p. 309.

⁷Para una descripción de las características del libro digital en sí, cfr. RODRÍGUEZ DE LAS HERAS, «El libro digital», *Digithum* 2 (2000),

http://www.uoc.es/humfil/digithum/digithum2/catala/Art_Heras/index.htm.

fuesen necesarios, sin excedentes ni problemas de stock, ya que la información digital ocupa (más allá de su presunta virtualidad) un espacio muy reducido en términos de soportes de almacenamiento. Todo ello elimina de paso la posibilidad de que un determinado título se agote y hace posible que obras poco rentables de publicar puedan estar disponibles así a los interesados. Con los proyectos de las bibliotecas virtuales como la citada «Cervantes Virtual», el «Proyecto Gutenberg»⁸, el «Proyecto Perseo»⁹ o la «Bibliotheca Augustana»¹⁰ se tiene acceso a un completo fondo de clásicos de la literatura universal a un golpe de ratón.

El libro editado de forma electrónica, además, es actualizable en todo momento, con lo que erratas, errores y lagunas son fácilmente subsanables.

Por otra parte, todo ello se halla sostenido sobre el versátil soporte del hipertexto, que convierte un texto convencional —de secuencia lineal—, en algo poliédrico con referencias documentales cruzadas, lo cual permite consultar directamente las tradicionales notas a pie de página, enlazar con más información, saltar a otras partes del texto, etc. El uso del hipertexto para la filología permite, por ejemplo, contrastar en paralelo diversas versiones de un mismo texto, como es el caso de «The Charrette Project»¹¹ que pone a nuestra disposición un cotejo línea a línea de las transcripciones paleográficas de los distintos códices conservados del texto francés de *El caballero de la carreta*, permitiendo en todo momento, además, visualizar una imagen escaneada de cada una de las páginas del volumen, con lo que no haría falta acudir a éste, evitando así desplazamientos del investigador y deterioros en la fuente manuscrita. Esto permite, lógicamente, obtener una buena edición facsímil con un coste reducido que pueda sobrevivir a la posible destrucción del original¹².

En cuanto a la técnica de confección del libro electrónico¹³ en sí, se ha venido observando en los últimos años una notable evolución. En los años 80, momento en el cual surgen las primeras revistas electrónicas, el texto simplemente se volcaba a un

⁸Proyecto Gutenberg <http://www.promo.net/pg>; Proyecto Gutenberg alemán <http://www.gutenberg.aol.de/> o <http://gutenberg.spiegel.de/>.

⁹Proyecto Perseo <http://www.perseus.tufts.edu/>.

¹⁰Bibliotheca Augustana <http://www.fh-augsburg.de/~harsch/augusta.html>.

¹¹The Charrette Project <http://www.princeton.edu/~lancelot/>.

¹²Acerca del uso del hipertexto en ediciones críticas cfr. «Las posibilidades de Internet: hacia una edición crítica hipertextual», en LUCÍA MEGÍAS, José Manuel, *Literatura románica en internet. Los textos*, Madrid, Castalia, 2002, pp. 21-28.

¹³Siempre que menciono el «libro electrónico» en este artículo me refiero a un tipo de texto almacenado en formato electrónico, no al aparato conocido bajo el mismo nombre que no es sino un dispositivo tecnológico de tamaño similar a un libro y pantalla táctil que sirve de visor para dichos textos. Para más información acerca de estos dispositivos cfr. <http://www.ebookcult.com.br/ebookzine/hardware.htm> y [http://12.108.175.91/ebookweb/newsItems/viewDepartment\\$Resources:+eBook+Hardware](http://12.108.175.91/ebookweb/newsItems/viewDepartment$Resources:+eBook+Hardware).

fichero de texto plano ASCII, o a uno de procesador de textos (con el consiguiente problema para aquellos años, dado que todavía no existía la «hegemonía Microsoft Word») o, en el mejor de los casos, a un programa en código binario ya compilado que, mediante sus propios menús, iba guiando al usuario por las distintas secciones, que incluían a veces rudimentarias ilustraciones y melodías de fondo¹⁴.

Uno de los intentos de mejor apariencia de poder crear libros electrónicos en los tiempos del MS-DOS lo constituyó el programa Neobook, de la compañía Neosoftware Corporation¹⁵, que permitía integrar gráficos de fondo, ventanas de texto corrido con barras de desplazamiento, botones con funciones de diverso tipo, para luego generar un archivo ejecutable que contuviese la publicación dispuesta para ser visualizada en cualquier equipo con dicho sistema operativo. Algunas revistas —sobre todo las de informática— editaron bastantes reportajes y monográficos en este formato como contenido de los CD-ROM que acompañaban sus ejemplares en papel.

Pero, como ya hemos indicado, fue con la llegada de internet al sector doméstico y el HTML (y con ellos la posibilidad de poder prescindir de una distribución no electrónica) cuando el hipertexto y la publicación electrónica encontraron la coyuntura técnica más apropiada para desarrollarse debidamente.

Ahora bien, al igual que en la escritura en papiro enrollado dio paso a la más cómoda forma de lectura y almacenamiento en códice (con lo cual se impuso el espacio de lectura conformado por la página, que fragmentaba las obras dentro de cajas de texto enfrentadas) el HTML «corrido» está dejando paso mayoritariamente a formas de presentación del texto electrónico más acordes con el concepto de una página convencional, en la cual el autor —o la editorial— tiene control sobre la maquetación y la distribución correcta y constante (sin que el cambio de sistema, de tipo de letra altere o de tamaño de la ventana altere el producto) de los elementos en ese espacio semiótico que es la página. Dos grandes formatos existen en la actualidad para cumplir con ese fin: el formato .LIT de Microsoft Reader¹⁶ y el formato .PDF (Portable Document File) de Adobe Acrobat¹⁷.

El primero de estos formatos crea dentro del programa visualizador una «estantería virtual» donde aparece la lista de libros de los que el usuario dispone en su equipo. Una vez elegido el documento deseado, se dispone de unas pocas opciones para desplazarse por él, saltar a alguna de sus partes, ampliar o disminuir el *zoom* de visión,

¹⁴A propósito de la historia de la revista electrónica *Alire*, Philippe Bootz recorre al hilo lo que ha sido la historia y posible futuro de este tipo de publicaciones. Cfr. BOOTZ, art. cit.

¹⁵Cfr. Neosoftware Corporation <http://www.neosoftware.com/nb.html>. Más tarde, esta misma compañía desarrolló una versión para Windows 9x y superiores, pero no ha llegado a tener demasiado predicamento. Cfr. <http://www.neosoftware.com/nbw.html>.

¹⁶Actualmente disponible en su versión 2.0. Cfr. <http://www.microsoft.com/reader/>.

¹⁷Actualmente disponible en su versión 5.0. Cfr. <http://www.adobe.com/products/acrobat/>.

seleccionar texto e imprimir (en el caso de que el autor del documento haya querido permitirlo). En el caso de obras puestas en el mercado, el programa genera, mediante un proceso de «activación», una clave basada en las características del equipo donde se haya instalado, y la incrusta en el documento, para que dicho archivo no se pueda copiar. Esta medida antipiratería puede ser más engorrosa que útil, ya que —en principio— podría causar que el propietario de un libro electrónico no pudiera leer ese documento más que en el documento al cual lo vinculó mediante la activación.

El formato .PDF, se halla más extendido quizá por ser más fácil y versátil de generar¹⁸ y porque lleva más tiempo en desarrollo que el anterior. Mediante este formato se obtiene un documento multiplataforma que reproduce fielmente su documento fuente, sea del tipo que sea. Este formato permite controlar opciones como proteger el archivo con una clave de acceso o con permitir la posibilidad del lector de seleccionar e imprimir texto o no. El archivo .PDF, en cambio, presenta gran facilidad a la hora de ser copiado. Por eso Adobe ha desarrollado su programa Content Server¹⁹, que implementa muchas posibilidades para la gestión de bibliotecas electrónicas, tales como controlar la cantidad de copias del archivo que hay circulando en cada momento, controlar la fecha de expiración/devolución de las mismas, solicitar un canon de derechos de autor mediante la petición de un número de tarjeta de crédito si se quiere imprimir una parte del texto, etc²⁰.

Existen otros formatos para la literatura electrónica *stricto sensu*, esto es, aquella que utiliza los recursos multimedia de los ordenadores como recursos expresivos propios, no sólo como método de almacenamiento y edición. Esta «e-literatura», que tiende hacia la superación de la idea de página como espacio donde presentar los textos literarios, se desarrolla en el tiempo como si fuera una presentación audiovisual y, o bien se alberga en códigos exclusivamente programados para ella, o bien aprovecha paquetes informáticos como el Macromedia Director²¹.

¹⁸Para generar un archivo .LIT es necesario descargarse un *plug-in* para Microsoft Word del propio sitio web de Microsoft o utilizar servicios en línea como eBookExpress <http://www.ebookexpress.com>. El formato .PDF de Adobe, sin embargo, permite ser generado desde cualquier programa (no sólo Microsoft Word) que presente opción de imprimir, al proporcionar al equipo una «impresora virtual» a través de la cual tratar los documentos. Esto permite una libertad total a la hora de incluir imágenes, sonidos, enlaces, etc. El programa que instala dicha impresora puede ser la versión de pago de Adobe Acrobat —cfr. <http://www.adobe.com>— o programas gratuitos como Pdf995 <http://www.pdf995.com>.

¹⁹Cfr. Adobe Content Server <http://www.adobe.com/products/contentserver/main.html>.

²⁰Los sistemas de distribución y venta, tanto de libros electrónicos en formato .LIT como en formato .PDF, se explican detalladamente en las secciones informativas de casi todos los portales virtuales de publicación y venta de libros electrónicos, como Badosa <http://www.badosa.com>, Fahrenheit <http://www.451f.com>, Broadebooks <http://www.broadebooks.com> o Rosetta Books <http://www.rosettbooks.com>.

²¹Cfr. Macromedia Director <http://www.macromedia.com/software/director/>. No profundizaremos aquí más en las características de esta «e-literatura», puesto que otras intervenciones de este mismo congreso ya han centrado su atención en ellas. Si acaso remitiremos nuevamente al artículo de BOOTZ para obtener una idea general del estado de la cuestión.

Habiendo dicho todo lo anterior, hay que matizar que el presente del libro electrónico es en cierta forma contradictorio, en la medida en que los tibios resultados empresariales²² en este sector contrastan con una relativa buena acogida, por parte del público lector, de los títulos de distribución gratuita y del interés y entrega de autores y empresas noveles por estar presentes en esta revolución de la cultura escrita. Que el libro electrónico atrae es un hecho, como demuestra la realidad de que ciertos títulos se vean afectados por altas cotas de piratería (los más difundidos son las sagas de *El señor de los anillos*, *Harry Potter* y *Dune*) y de que existan ciertos proyectos cuyo objetivo es posibilitar la lectura de libros electrónicos en consolas de videojuegos portátiles como la Game Boy Advance de Nintendo²³, cuya finalidad no contemplaba estos usos.

A modo de conclusión, me gustaría señalar cuatro *desiderata* para los «e-libros» y, en general, para cualquier publicación electrónica:

- 1) Respeto: la literatura en formato electrónico merece igual consideración en términos de dignidad —al menos a la hora de encarar juicios sobre ella— que la literatura impresa. El único cambio, aunque grande, es el referente al soporte de lo escrito. El respeto es especialmente necesario para las publicaciones científicas relativas a las Ciencias Humanas, en el mundo investigador de las Ciencias de la Naturaleza, la Medicina, la Biología, etc. las revistas científicas electrónicas son una fuente igual de válida, en términos de aceptación, que las impresas en papel, llegando a ser incluso preferidas a éstas, dada la celeridad de su proceso editorial, que permite disponer antes de resultados y estudios que de otra manera retrasarían su llegada y podrían quedar obsoletos.
- 2) Rigor: lógicamente, para lograr ese respeto que acabo de mencionar, el propio formato debe ser tomado en serio a la hora de planificar formas y contenidos para él. Una publicación electrónica debe tener un equipo concienciado de que debe velar por la calidad del producto igual que si de una publicación en papel se tratara²⁴.

²²Muchos factores influyen en este resultado: el peso de la costumbre, la facilidad del pirateo informático, el carácter gratuito de la mayoría de servicios de internet, etc. Cfr. MARTOS, «¿Ser o no ser? Las incógnitas del libro electrónico», *Qué leer* 70, 2002, pp. 36-39.

²³La página responsable de este proyecto es <http://members.optushome.com.au/dancotter/>.

²⁴ROMERA CASTILLO, José, «Literatura y nuevas tecnologías» en VÁZQUEZ MEDEL, M. y Ángel ACOSTA (eds.), *La Semiótica actual. Aportaciones del VI simposio internacional de la Asociación Andaluza de Semiótica*, p. 60. A la hora de señalar las deficiencias que planteaba la red en 1996, momento del que proceden las actas de dicho simposio, Romera Castillo indicaba:

«La literatura española tiene todavía una escasa presencia y, sobre todo, la introducida en Internet carece, en general, de un rigor filológico. Por ello es necesario que, en España, se emprenda esta tarea, a la que sin duda alguna tendrán que sumarse los hispanistas serios».

- 3) Facilidad de acceso: para que la edición electrónica de textos pueda ser aprovechada en todo su potencial hay que enfatizar los esfuerzos por integrarla en las bases de datos, motores de búsqueda y demás recursos existentes. En el caso de internet, la red es muy extensa y crece en progresión geométrica. Por eso es un punto capital que la información esté correctamente indexada.
- 4) Estabilidad: en dos sentidos. En primer lugar, estabilidad en la coyuntura informática. Esto es, en los sistemas y formatos de almacenamiento. Hace unos años, los textos electrónicos preparados para su uso en MS-DOS podían leerse. Hoy en día, algunas de sus funciones (uso de la memoria EMS/XMS, del sonido...) pueden presentar problemas, máxime si se utiliza Windows XP. Dentro de unos años (no dos ni tres, sino cincuenta), ¿podrán ser compatibles nuestros actuales archivos con esos ordenadores del futuro, o habrá que «reprogramar» todos nuestros libros electrónicos para que sobrevivan, multiplicando así un trabajo ya invertido?²⁵

En segundo lugar, si las publicaciones electrónicas se realizan, como sucede en la mayoría de los casos, a través de internet, hay que asegurar que los espacios web que los albergan sean estables. Esto implica que la información no desaparezca y que las direcciones —URL—de acceso se mantengan sin cambios²⁶. En internet las páginas aparecen y desaparecen con notable frecuencia por lo que sería deseable que, en el caso de que una página de textos editados electrónicamente fuera a desaparecer, sus contenidos deberían moralmente ser volcados a un soporte de almacenamiento —un CD-ROM, por ejemplo— para ser depositados en una biblioteca desde donde pudiera administrarse su contenido, aunque su proyecto impulsor haya periclitado su curso.

Hoy en día la situación de la literatura española en internet es mucho más profusa, sin olvidar el gran volumen de páginas web hispanoamericanas, pero el aspecto del rigor sigue siendo un importante punto de mejora.

²⁵Cfr. BOOTZ, art. cit.

²⁶Para comprobar la magnitud del problema que suponen los «enlaces rotos» no hay mejor prueba que intentar acceder a muchas direcciones de cualquier guía de internet publicada hace unos años. Para nuestro ámbito sirva de ejemplo la de KEATING, *Literatura en internet*, Madrid, Anaya, 1998.

Referencias bibliográficas

- BLOOM, H. (2002). *El futuro de la imaginación*. Barcelona: Anagrama.
- BOOTZ, P. (2002). «Alire, un cuestionamiento irreductible de la literatura», *Digithum* 4 http://www.uoc.es/humfil/articles/esp/bootz0302/bootz0302_imp.html.
- KEATING, V. (1998). *Literatura en internet*. Madrid: Anaya.
- LÉVY, P. (1999). «Ciberespai i cibercultura», *Digithum* 1 http://www.uoc.es/humfil/digithum/digithum1/levy/ciberespai_cat.htm.
- LUCÍA MEGÍAS, J. M. (2002). *Literatura románica en internet. Los textos*. Madrid: Castalia.
- MARTÍNEZ ROIG, D. (2002). «Internet: un horizonte para la lectura», en MILLÁN, J. A. (coord.), *La lectura en España: Informe 2002*. Madrid: Federación de Gremios de Editores de España, 211-219.
- MARTOS, J. A. (2002). «¿Ser o no ser? Las incógnitas del libro electrónico», *Qué leer* 70, 36-39.
- NUNBERG, G. ed. (1998). *El futuro del libro. ¿Esto matará eso?* Barcelona: Paidós.
- RODRÍGUEZ DE LAS HERAS, A. (2000) «El libro digital», *Digithum* 2; http://www.uoc.es/humfil/digithum/digithum2/catala/Art_Heras/index.htm.
- ____ (2002). «La lectura en pantalla», en MILLÁN, J. A. (coord.), *La lectura en España: Informe 2002*. Madrid: Federación de Gremios de Editores de España, 357-379.
- RAMOS SIMÓN, L. F. (1997-1998). «Las publicaciones electrónicas transformarán el sector de la edición científica y las funciones del bibliotecario en la Universidad», *Cuadernos de Investigación multimedia* 6-7 (1997-1998), <http://www.ucm.es/info/multidoc/multidoc/revista/cuad6-7/ramos.htm>.
- ROMERA CASTILLO, J. (2001). «Literatura y nuevas tecnologías» en *La Semiótica actual. Aportaciones del VI simposio internacional de la Asociación Andaluza de Semiótica*, Vázquez Medel, M. y Ángel Acosta (eds.), 49-62. Sevilla: Alfar.
- VIDALES, C. «Internet y cultura», *La Rana dorada*, <http://home.swipnet.se/~w-45951/carlos/intercul.htm>.